

Disertación sobre López de Mesa

(Especial para esta Revista)

LA PALABRA Y SU INFLUJO

No hay en Colombia cosa alguna que pueda rivalizar en prestigio a la palabra. El dinero mismo, —con ser tanto que su sola ausencia a todos nos hace suspirar— no alcanza esta posición de influjo incontrastable y total. Lo que en otros países hace el oro, aquí lo puede el verbo. Nuestra historia ha sido en la forma de su esencia hechura de letrados y poetas. El derecho y las instituciones colombianas están bajo la dependencia y salvaguardia de la gramática. Más nos importa un solecismo que una asonada. De ahí que el idioma sea para nosotros algo más que una función vital: es una necesidad suprema de la historia colombiana; nuestro motor, inspirador y arca de la ley, la substancia de nuestro espíritu y el fundamento de nuestra sociedad.

Cierto, muchísimo es para los colombianos el lenguaje. Há poco advertía yo en comentario a una obra reciente, que el idioma se nos ha convertido en centro y materia de toda actividad artística. Lo cual recuento con el propósito de aclarar y explicar ciertos caracteres del gran libro "Disertación Sociológica", en que López de Mesa culmina su vida de investigador y de filósofo. Acaso pueda decirse que la Disertación es el libro más refinadamente escrito y publicado en Colombia, hasta el punto de que coloca a su autor en la cumbre de los estilistas colombianos. Empero, no afirmamos con ello que ninguno de los otros maestros

del estilo, el Sr. Suárez, por ejemplo, alcanzó lo que éste logra, sino que nunca se escribió con tan amoroso cuidado y devoción tan rendida por el alma, forma y música de las palabras.

En una frase, dice López de Mesa, se compendian milenios de experiencia. Y verdaderamente cuanto el hombre ha llegado a ser y a saber en el infinito tiempo de su evolución se halla contenido en el lenguaje. Cada palabra está cargada de significación y porta una imagen, que es decir, un sentido y un resumen del mundo y de la vida vivida en el mundo. Por tal razón y en este sentido es dable decir que una palabra, como un hombre, es realmente un microcosmos. El idioma es, a su modo, un universo, y de tal manera profunda y trascendental lo es, que algunos sabios han llegado a creer que el hombre es propiamente el órgano de expresión del verbo, el sér que habla, en quien se encarga, concreta y personifica esa realidad metafísica que es el lenguaje. Porque es muy de notar que nosotros no pensamos ni ejercemos una actividad puramente espiritual sino dialogando. El juicio es siempre una proposición, y una idea no descubre su contenido y su sentido sino hasta que es nombrada. La magia y las concepciones mágicas del mundo se basan en conjuros, que es decir, en nombres, en vocablos, en voces.

Este "ser en sí" de las palabras equivale a una forma de energía cuyo influjo puede imponerse omnímodo sobre la voluntad y la sensibilidad de quien a ellas se entrega. Diríase que en ciertas ocasiones y para ciertos hombres las palabras actúan como poderes mágicos fascinantes, y se apoderan de ellos tiranizándoles todas las potencias de su sér. A veces, las palabras dictan los pensamientos, las nociones, las doctrinas, en modo tal que el poseso de ellas es meramente el medium que articula el mensaje que le dicta el espíritu de la lengua en que se expresa. Una especie de fiebre delirante caracteriza el discurrir de los maestros del estilo. ¡Qué mucho, pues, que López dé la impresión de errar sonámbulo, borboteando doctrinas incongruentes, y que parezca soñar, y que letra por letra profetice!

ANTI-CIENCIA

Predican los estéticos la inutilidad fundamental del arte. Lo artístico, diremos nosotros, implica cierta generosidad nativa como elemento y condición de su existencia. De ahí que el artista auténtico se haya distinguido en toda época—inclusive en la sórdida y utilitaria del pasado siglo— por una especie de desgreño vital, por una estupenda esplendidez de la mente y un a modo de nomadismo del espíritu por los campos de la naturaleza y del cálculo. Mas, la ciencia se determina por condiciones radicalmente opuestas a las del arte. Nada inventa, sino que trabaja sobre datos; es regresiva y está, en principio, vuelta de espaldas a lo original. Cuando mira al futuro en nada altera su actitud de contempladora de cosas pretéritas. Porque el porvenir para el científico es mera prolongación "hacia adelante" de lo pasado, según lo demuestra el hecho de que lo futuro científico es lo calculable y previsible, algo que está, por así decirlo, anticipadamente realizado.

La ciencia no soporta, pues, la divagación estética, el desorden y asimetría de la creación artística. Sin duda es posible que una personalidad fuerte y rica logre conjugar pensamientos e imágenes en unidades armónicas estables. Sin embargo, el poeta que piensa, raramente hace más que lirizar nociones, valerse de los conceptos como simples elementos melódicos y tomarles su carga de emoción que contienen. El poeta-astrónomo, por ejemplo, es uno que pone la astronomía al servicio incondicional del canto. Por eso, un libro de ciencia bellamente escrito es siempre sospechoso de inexacto. Y es que al artista no interesa jamás la verdad o la exactitud de un concepto sino la elegancia y vigor de la forma que lo exprese. En la lógica del artista el juicio groseramente formulado es falso. A su vez, la ciencia estricta profesa hondo pavor a la metáfora, a la frase ingeniosa, a la teoría febril. El arte no puede, por esencia, ser reflexivo; ni tampoco puede, por esencia, el saber científico vivir de visiones inspiradas.

Ahora bien: es el caso que la obra de López de Mesa es, quiere ser y logra serlo un poema sociológico, una sociología poemática.

EL ORGULLO CATEGORICO

La función del artista es expresar la vida en sus modos singulares e individualísimos. Esto explica que el artista esté dominado fatalmente por la necesidad de singularizarse. Integramente las potencias de su alma y vida se gastan en el logro de ese objetivo dominante. Nunca, por ello, el artista fue humilde, ni quiso el anonimato ni soportó la muchedumbre. En dondequiera su acción se gasta en destacar, en mostrar maravillas, en descubrir lo incógnito, lo insólito. Es, así, él mismo ser excéntrico y exótico que vive de sorpresas y sobresaltos, ganoso no sólo de notoriedad sino de imparidad. Es, pues, el orgullo su pasión favorita, su estado de alma fatal y necesario. No fue tanto la fiereza de las pasiones sino la violencia de los orgullos lo que cargó el medio renacentista de tensiones dramáticas terribles. Así como Benvenuto fueron todos los próceres de aquel tiempo: Julio II, Miguel Angel, el diabólico César, gente toda luzbeliana, como que eran artistas ejemplares sin mezcla. Y es que la belleza, clímax del erotismo, es la pura manifestación de lo demoníaco. ¿Y cómo quien pudo expresar lo bello, quien ministró el sumo atributo de lo divino, no será orgulloso? ¿Cómo será nunca posible hablar bellamente y ser humilde, señorear los nombres —matrices del mundo— y ser anónimo? He ahí, a mi modo de ver, una de las raíces que sustentan la personalidad de López de Mesa y uno de los sentidos rectores de su obra. Por qué, por ejemplo, ha necesidad de discurrir sobre temas enormes; por qué hace desfilar ante sí todas las ciencias; por qué detiene bruscamente el pensamiento en vuelo para enaltecer alguna cosa mínima; por qué expone en lenguaje pulquérrimo pensamientos áridos y principios ásperos de ciencia positiva; por qué al par que teogoniza a América se atreve a cavar abismos en la estúpida alma de los chibchas.

Hago hincapié en esto de destacar como flecha de la obra de López de Mesa su fiero y casi puro orgullo, porque tengo para mí que en ello reside no sólo lo mejor de su obra sino el más alto servicio que pudiera prestar a la nación. Ciertamente, la república está declinando con velocidad

acelerada a su descomposición en plebeyismo. Casi nada nos queda ya de cualidades de raza, de valores de sangre, de energías espirituales. A cambio de nada estamos dejando perder la poca herencia que nos legaron algunos claros varones de Castilla. ¿Y todo por qué? Porque los estados de alma sustentantes de una élite, singularmente la muy noble pasión del orgullo, carecen de vigor e intensidad. Por la creciente pérdida de la altivez, la política se agota en demagogia y las costumbres sociales se reducen hoy a un movimiento en fuga del pasado y de la herencia. Así, humildosos, miserandos, ¿cuándo tendremos nunca ciencia, arte, pensamiento, auténticos? Fuera del orgullo no es posible disciplina rigurosa. El ascetismo que exige la vida en función del espíritu es una forma del orgullo, y sin éste los caracteres se desgonzan. Cuando Luzbel, Angel de la Luz, perdió el orgullo, fue arrojado a las tinieblas exteriores. En todo caso, la moral no será jamás egregia sin el orgullo, que de esta suerte cobra naturaleza de categoría fundamental y primaria del orden social.

Quizás, precisamente graves fallas de la obra de López de Mesa tienen su verdadera causa y razón en ciertos súbitos e íntimos desfallecimientos del orgullo. 'López de Mesa, o el hombre que no se atreve a ser,' pudo ser el epígrafe de este comentario. Y cierto: si la *Disertación Sociológica* se rompe en innumerables temas, se disloca en divagaciones, se precipita en fugas, débese a la pérfida tendencia inconsciente a encubrir el orgullo en el instante mismo en que va a afirmar la teoría integral y originalísima. El pensamiento recibe en pleno impulso, en lo más seguro de su vuelo, el golpe, y no puede cerrar la curva estricta. El sistema se le escapa, la teoría central se desorbita, en modo que el espíritu se ve obligado a buscar su equilibrio y centro de gravedad por fuerza de súbitos arranques, bruscos cambios de dirección en el discurso y grandes saltos de una a otra teoría.

EL PENSAR GENUINO

Empero, si la *Disertación Sociológica* es por tantas y diversas razones obra de ciencia inconclusa, desarticulada y

falta de unidad y fundamento, puede ser propuesta como una de las de mayor aliento y más rico contenido que se haya producido en punto a filosofía entre americanos. Pues desde el ángulo filosófico, las peligrosas fallas que hemos advertido aparecen como cualidades admirables y ejemplares. En efecto, el filósofo es hombre nacido para sugerir y problematizar, contrariamente al sabio cuya misión es la de fijar, afirmar y aquilatar. A la filosofía de gran estilo jamás importó la solución de problemas y dificultades, sino que antes bien, los suscitó y provocó allí donde estaban virtuales. La filosofía declina al cerrar en sistema, cuando llega a clausurar, evidenciándolo, el conocimiento. Ninguno de los grandes pensadores y metafísicos ha podido ser precisado, agotado, íntegramente conocido. En cierto modo, la misión de la alta filosofía es conturbar al hombre, alterándole las nociones en que se afirma y las creencias de que se sustenta. Como en el arte, la imaginación, el *nous poetikos*, es la potencia primaria y esencial, y quien carece de ella no cuenta para nada en la historia del pensamiento. Los más grandes filósofos, los filósofos alemanes, son tremendos agitadores del espíritu, inventores de nuevas doctrinas, centros de choque, creadores infatigables de problemas. ¡A dónde no llega su osadía! El inmenso Hegel sienta como principio fundamental de la lógica la identidad de los contrarios, y Heidegger inaugura su curso con una disertación sobre la existencia de la Nada. Argumenta en pro de la Disertación, en cuanto estudio filosófico, quien se duele de aquel discurrir por sendas que no paran en lugar alguno conocido, ni convergen en consecuencia precisa, ni llegan a doctrina cabal. Qué sean lo social y la sociedad en la obra de López de Mesa no hay página de ella que permita decirlo ciertamente. Empero, si lo hubiese dicho se hubiese equivocado, porque lo valioso y necesario no era descifrar el alma y ser sociales sino desvelarles sus infinitas caras, hacer que el conocimiento se rompiera en su polimorfía, al modo que la luz se fracciona al chocar con el repulido prisma. América es un continente en formación, es real y verdaderamente un nuevo mundo. Creíamos saberlo, pero no lo sabíamos a cabalidad. Ha sido necesario que el espléndido libro de López de

Mesa nos haga la asombrosa revelación para comenzar a entender el significado de ese término.

La Disertación Sociológica así como es: disforme, múltiple, accidentada, es la más acabada expresión de Hispanoamérica. Como americano puro, López no hubiese podido escribir otro que el libro que hoy publica: es a saber, un haz de interrogantes, un cúmulo de inquietudes abismales, un inmenso acervo de curiosidad, una problemática total. ¿Cómo puede concebir una sociología fundamentada y armónica un hombre americano? Nosotros somos una conciencia que amanece, y el mundo ha de ser para nosotros caótico. Así también en el despuntar de la conciencia europea el mundo fue el desorden y la confusión. Para el hombre griego de la primera época toda actividad está penetrada de teogonía. Más tarde, el pensamiento griego se agota en polemizar e interrogar.

Recordemos: Sócrates nada enseñó preciso y definido; sólo sé que nada sé, predicaba el fino ironista. Pero inquiría tenazmente y desentrañaba de sí propio y de su séquito de apasionados discípulos inquietudes infatigables, asombros y curiosidades infinitas. Era aquella la edad del juego, y el sagaz sileno justaba como el mayor de los atletas. ¡Qué importaba el sistema rotundo, exacto y consistente! Lo excelso y exquisito era el puro ejercicio del inquirir, del averiguar aventurero por el solo gusto de jugar con obstáculos. La filosofía griega fue en su principio el más riesgoso y difícil de los juegos olímpicos.

En estadios de Colombia ha comenzado con la Disertación Sociológica el deporte espiritual, el juego olímpico de plasmar sistemas, de lanzar ideas —disco o venablo— a la lejanía y para nada.

C. J. B.